

terioso cáliz: el Diácono insistió, y la hizo beber aun contra su voluntad; se inquietó su corazón, y se siguió inmediatamente un vómito, con que arrojó lo que había recibido. El manjar Eucarístico no pudo permanecer en un pecho profanado, y en una boca manchada. Esto sucedió con aquella que todavía estaba en el estado de la inocencia. Otra de mas adelantada edad, que estaba en igual estado, vino á nuestro templo á recibir la Eucaristía; pero la sangre del Señor se la quedó entre las fauces, y despues de muchos temblores perdió la vida llena de horror y de espanto. Otra, que con manos sacrílegas tocó el arca en que había estado depositada la Eucaristía, vió salir de ella llamas de fuego. Otro que tambien con una conciencia impura recibió en sus manos la Eucaristía, para llevarla á su casa, vió que se le había convertido en ceniza.”

Había algunos que ni aun al rigor de los tormentos habían negado la fe; pero habían dado ó recibido unos testimonios por escrito, ó unos libelos en que se declaraba haber apostatado, á estos llamaron libeláticos, y los declara San Cipriano por culpados, y necesitados de hacer penitencia. „Esta pro- testacion, dice, que hicieron en los libelos, es un testimonio con que un Christiano niega que lo es. Confesar á los tiranos que ya se ha cometido este delito, es lo mismo que haberle cometido, supuesto que dice Dios en el Evangelio (1):

(1) Por este mismo tiempo Basilides y Marcial: el uno Obispo de Leon, y el otro de Astorga en España, tomaron billetes de idolatria. El primero renunció voluntariamente al Obispado, y se puso entre los penitentes, contento con la comunión de los legos. Quando ya habían elegido á Sabino en su lugar, fué Basilides á Roma, y disfrazando su hecho, solicitó del Papa S. Estevan su restitucion al Obispado. Marcial que sobre ser libelático, tenía otros

graves delitos, electo ya para su Silla Felix, tambien pretendia volverla á ocupar de nuevo. Pero los dos legitimos sucesores fueron á Cartágo con cartas de sus Iglesias, y de la de Mérida: fueron leidas estas cartas á presencia de S. Cipriano y treinta y seis Obispos, y se resolvió que Basilides no había alcanzado gracia, por haber engañado al Pontífice: así que se debía observar lo ordenado por todo los Obispos del mundo, y principal-

„No podeis servir á dos Señores. El libelático no ha servido á Dios, pues ha servido á los edictos del hombre, y ha executado sus sacrílegos mandatos. Demos que sea ménos culpable por no haberse presentado á los ídolos, y no haber profanado la fe á los ojos del pueblo burlador, y por no haber manchado sus manos y su boca con los funestos sacrificios y sacrílegas viandas: esto puede ser mas digno del perdon; pero siempre le necesita.” Les exhorta, pues, á confesar su pecado, para que sea agradable á Dios el perdon que les concedan los Presbíteros. „¿Pensais, añade, que se puede aplacar con facilidad al Señor, habiéndole negado con palabras y obras? Es preciso orar con intension, repetir al Señor los ruegos, sumergirse entre dia en la compuncion, pasar los dias y las noches en llanto, gemir continuamente con lágrimas mas al Señor, postrarse en la ceniza, vestirse de un sayo de cilicio, practicar obras de piedad, y hacer muchas limosnas. El Señor otorgará entónces lo que le pidan los Mártires, y aprovechará la absolucion que los Presbíteros confieran á semejantes penitentes. El que satisfaga de este modo al Señor, sacará provecho de su misma caída; avivará mas su fe y su virtud: con el arrepentimiento de su delito, será oido por el Señor; y con su enmienda restituirá á la Iglesia la alegría, ya que la había entristecido, y no solo merecerá el perdon, sinó tambien la corona.”

IV. Se tiene por una de las obras mas apreciiables de este Padre el tratado sobre el *Padre nuestro*, ó de la oracion Dominical; S. Agustin cita esta obra con grandes elogios; encarga á Valeriano, y otros siervos de Dios, que la lean, para instruirse en la necesidad que tenemos de pedir á Dios la gracia de cumplir su santa ley. El mismo santo Doctor se le leyó tambien á los Monges de Adrumeto, y les aconsejó que repasasen con

mente por S. Cornelio Papa, que era admitir esta especie de pecado á la penitencia; mas sin que

pudiesen aspirar á contarse entre los Sacerdotes, y ni aun entre los Clerigos.

cuidado, para que advirtiesen como hace ver S. Cipriano la necesidad de la oracion y de la gracia. Tambien aconseja á San Hilario y San Próspero que le lean, y observen sus saludables doctrinas sobre la necesidad que tenemos los hombres de pedir á Dios la gracia para el acierto, no fiandonos en solo el libre alvedrio; con cuyas doctrinas preparaba un antidoto contra el veneno de los Pelagianos. En efecto San Hilario manifiesta claramente el grande aprecio que hace de esta obra, y que la tenia por acabada, pues dice así: *Nos ha escusado el hablar de la necesidad de la oracion, aquel hombre de inmortal memoria Cipriano.* El Diácono Poncio le da el primer lugar despues de la obra de la unidad de la Iglesia, y dice: Que San Cipriano en este tratado ha instruido á los hijos de Dios en las leyes de la oracion Evangelica. Se cree que esta obra está escrita á fines del año 251, ó principios del siguiente, quando ya habia calmado la persecucion de Decio, y el Santo gobernaba libremente su Iglesia.

Este tratado está dividido en tres partes. Hace ver en la primera, que la oracion Dominical es de la mayor dignidad, y la mas excelente, espiritual y eficaz, pues Jesuchristo nos la enseñó para orar con ella al Padre Eterno; y que quando dixo aquellas palabras: *Ahora vendrá tiempo en que los verdaderos fieles adorarán al Padre Eterno en espíritu y en verdad:* tenia presente esta oracion que habia de dexar á los Christianos. Añade San Cipriano: „El orar de diverso modo que Christo nos enseñó, no es solamente ignorancia, sinó culpa; pues él mismo dixo á los Judíos: *Vosotros despreciáis el mandato del Señor, para seguir vuestras tradiciones.* Oremos, pues, al Señor, del modo que nos enseñó el divino Maestro; la oracion de Jesuchristo es una oracion hermosa y agradable: seguramente penetrarán sus palabras hasta los oidos del Eterno Padre: él reconocerá en nuestra oracion las expresiones de su Hijo. Si tiene prometido concedernos quanto en su nombre pidamos; mas presto lo concederá si le pedimos no solo en su

„ nombre, sinó tambien con la oracion que él mismo nos ordenó. Vaya nuestra oracion acompañada de mucha modestia y respeto, procurando agradar á Dios, no solamente con la devocion, sinó aun con el tono de nuestra voz. El Señor nos enseñó á orar en los lugares mas retirados y ocultos, y en nuestros propios aposentos; pero quando nos congregámos con el Obispo para asistir á los sacrificios, debemos observar cierta circunspeccion, evitando el ruido tumultuario de la griteria y desentono de la voz, y pronunciando modestamente nuestras súplicas ante el Señor.”

La segunda parte comprehende la explicacion de la oracion Dominical. Enseña „que no oramos bien, si decimos: *Padre mio que estás en el cielo. . . Dame el pan de cada dia:* porque la oracion ha de ser comun y pública, y por todos los Christianos que formamos un mismo cuerpo; y así debemos pedir por todo el pueblo christiano. Sigue su explicacion diciendo con aquellas palabras: *Padre nuestro que estás en los cielos,* como que manifestamos, y que solo reconocemos por Padre al que está en el cielo. Llamámosle Padre nuestro, como si dixéramos Padre de todos los que en él creen, están santificados por él, y han recibido su gracia. Continuamos diciendo: *santificado sea tu nombre:* con estas palabras no le pedimos que sea Dios santificado con nuestras oraciones, sinó que conserve en nosotros la santidad que recibimos en el Bautismo con el nombre de Christianos. Del mismo modo quando decimos: *venga á nos el tu Reyno:* le suplicamos que nos lleve al Reyno que nos tiene prometido, y al que habemos adquirido derecho con la pasion y muerte de Jesuchristo, y que no seamos ya esclavos de este siglo, ni el demonio reyne en nosotros, sinó que reyne Jesuchristo en nuestras almas. Aquellas palabras *cumplase tu voluntad* no se dirigen á que Dios haga lo que quiera, sinó á que nos dé su gracia para cumplir en todo su voluntad, para lo qual tenemos necesidad de sus auxilios, pues ninguno es fuerte para resistir por sus

propias fuerzas, y todo nos viene de la misericordia y gracia del Señor. Decimos que se cumpla su voluntad en cielo y tierra; porque uno y otro deben concurrir á nuestra felicidad: nosotros tenemos un cuerpo terreno, y una alma celestial; y así debemos pedir gracia para cumplir la voluntad de Dios con el cuerpo y con el espíritu; pues habiendo entre ellos tal contradicción y tan perenne lucha, nos es precisa una gracia particular para nuestra salvación, y para que ambos se pongan de acuerdo en el cumplimiento de la voluntad divina. Continuamos de este modo: *Danos hoy el pan nuestro de cada día.* Esto puede entenderse espiritualmente del pan de vida, que es Jesuchristo, ó literalmente del alimento corporal; y así ningún pecado grave nos priva del pan Eucarístico que recibimos todos los días: en estas mismas palabras entendidas á la letra suplicamos al Señor, que los que en el Bautismo hemos renunciado á las vanidades y deleytes de la vida, solo deseamos el quotidiano sustento sin extender nuestros deseos mas que al presente día en que vivimos. Luego imploramos el perdón de nuestras culpas diciendo: *perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores.* Estas palabras nos enseñan dos verdades; la una, que todos somos pecadores; y la otra, que podemos conseguir el perdón de nuestras culpas pidiéndole al Señor. El divino autor de esta oración añadió á esta súplica una condición que nos obliga, si deseamos verla cumplida, á perdonar á nuestros deudores, es decir, á todos los que nos han ofendido; pues queria aquel Señor que viviésemos con uniformidad y concordia, conservando siempre la paz, y teniendo unos mismos sentimientos los que reconocemos un mismo Padre. Dios no recibió el sacrificio de Cain, porque miraba á la intención, mas que á las víctimas que sacrificaban los dos hermanos, y solo aceptó el de Abel, porque Cain estaba mal con su hermano, y no quiere Dios que nos lleguemos al altar con espíritu de discordia ó de odio. También le decimos: *no nos dexes caer en*

la tentación (1). Estas palabras manifiestan que el comun enemigo en nada puede ofendernos sin el permiso del Señor, y éste no le da este poder sinó quando pecamos; y si permite la tentación, ó es para castigarnos nuestras culpas, ó para probar nuestra constancia, y aumentar nuestra gloria. Estas palabras reprimen nuestra soberbia, nos acuerdan nuestra debilidad, y nos advierten que no debemos atribuir el bien á nuestras propias fuerzas, y que quando creemos en Jesuchristo, á este Señor se debe la gloria; por último le pedimos que nos libre de mal, abrazando con esta generalidad todos los que puede producirnos el enemigo. Hecha esta súplica en que imploramos la protección del Señor contra qualquier mal, ya no nos queda que pedir: abrigados con su amparo, estamos en salvo contra todos los insultos del mundo y del demonio."

En la tercera parte explica las condiciones de la oración, y dice lo primero, que la oración debe ser continua, y sin intermision; imitando á Jesuchristo, que pasaba las noches en la oración y en los desiertos, siendo así que no hacia oración por sí, pues era Santo é inocente, sinó por nuestros pecados: lo segundo, debemos poner en la oración todo el corazón, excluir de él todo pensamiento carnal y mundano, fixando nuestro entendimiento en lo que pedimos; por lo que el Sacerdote previene los corazones de los Christianos al empezar el sacrificio con estas palabras: *levantad vuestros co-*

(1) S. Cipriano y muchos en tiempo de S. Agustín leían en el latin de la Vulgata: *Et ne nos patiaris induci in tentationem.* Porque como observa el mismo S. Agustín, Dios á ninguno induce por si mismo en tentación; mas permite que seamos inducidos, quando nos desampara; privándonos de la eficacia de sus auxilios; ó porque lo hemos merecido (por haberle nosotros abandonado primero): ó bien ordine occultissimo, por causas reservadas á su

divino conocimiento. *De Sermonibus Dom. in mont. lib. 2. num. 30. Multi precando ita dicunt: Ne nos patiaris induci in tentationem: exponentes videlicet quomodo dictum sit inducas. Non enim per semetipsum inducit Deus, sed induci patitur eum, quem suo auxilio deseruerit ordine occultissimo, ac méritis. Causis enim saepe manifestis dignum iudicat quem deserit, et in tentationem induci patitur, &c.*

razones; y el pueblo responde: los tenemos en el Señor. Lo tercero, que la oracion debe ir acompañada con las buenas obras, y sobre todo con la limosna, á imitacion de Tobías y Cornelio el Centurion, los quales merecieron que fuesen oídas sus oraciones, porque las acompañaron con obras de caridad: lo quarto, que se ha de orar todas las horas del dia, y aun por la noche, supuesto que para los Christianos, que son por Jesuchristo hijos de la luz, siempre es dia; por lo que se debe entender de la Iglesia lo que la esposa de los Cantares decia: *yo duermo, y mi corazon vela*. Mas no por esto dexa de advertir que hay horas destinadas particularmente para la oracion, como són las de Tercia, Sexta y Nona, y concluye: „Por la mañana debemos hacer oracion en memoria de la resurreccion del Señor, que fué al amanecer: tambien debemos orar al tiempo de ponerse el sol, y obscurecerse el dia, para pedir al sol verdadero, que es Jesuchristo, que aceleré su venida á darnos la gracia de la vida eterna.”

V. En este tratado de la limosna, primeramente recopilando grande número de textos de la Escritura, hace ver S. Cipriano, que nosotros podemos recobrar la gracia Bautismal con obras de justicia y misericordia, diciendo: „Así como se apaga el fuego infernal con las saludables aguas del Bautismo, del mismo modo se amortiguan las llamas de nuestros delitos con las limosnas y buenas obras; de suerte, que la práctica continua de las obras de misericordia renueva en algun modo la virtud de este Sacramento, para que consigamos otra vez la misma gracia. Por otra parte, la limosna da mayor eficacia á nuestras oraciones: con la limosna evitamos muchos peligros de la vida; y la limosna, en fin, hace inmortales nuestras almas, y aun nuestros cuerpos; lo qual prueba con el exemplo de Tabita, á quien las limosnas y buenas obras dieron la vida. Nada se encomienda tanto en el Evangelio como la limosna y el desprendimiento de las cosas temporales: quando Jesuchristo nos en-

„carga que procuremos atesorar en el cielo, y adquirir con el corto precio de los bienes terrenos la inestimable prenda de la vida eterna.” Despues empieza á hablar de los pretextos con que los ricos pretenden escusarse de hacer limosna, y dirigiéndose á ellos les dice de este modo: „Si temeis que repartiendo vuestros intereses con los pobres os habeis de ver reducidos á la mendicidad, vivid asegurados de que no se disminuyen los tesoros quando se emplean en Jesuchristo. No soy yo quien os hace esta promesa, sino el mismo Dios que dice por boca de Salomon: *el que da á los pobres, nunca padecerá necesidad; y el que aparta sus ojos de ellos, vivirá reducido á la mayor miseria*: porque las gracias que los pobres dan á Dios por las limosnas que nosotros les dis-pensamos, nos grangean las bendiciones del cielo, y aumentan nuestros bienes.”

Despues de haber apoyado esta verdad con testimonios del Evangelio, se levanta con ardiente celo contra los ricos avaros en estos terminos: „¡Temeis que se disipe vuestro patrimonio si egercitis la limosna! ¡No veis, miserables, que estos temores son contra vuestra salud y vuestra vida! Pues ésta os faltará en este mismo tiempo que lo temeis. ¡Recelais que se disminuyan las riquezas, y no considerais que sois vosotros los que os disminuís, y os perdeís, por amar vuestros bienes mas que al alma! No quereis perder la hacienda, y pereceis vosotros por guardar la hacienda. De vosotros habla el Apóstol quando dice: nada hemos traído á este mundo, y así nada hemos de sacar de él, &c. (1); Temes

(1) El texto de S. Pablo prosigue: *Teniendo, pues, alimentos y con que cubrirnos, &c.* En las ediciones de Baluzio se lee: *Habentes itaque exhibitionem, et tegumentum bis contenti simus.* ¿Pero qué conexion puede haber entre *exhibitionem*, y *tegumentum*? Me parece que San Cipriano ni lo uno ni lo otro leyó

en S. Pablo; sino una palabra que tiene el sentido de lo uno, y la semejanza de lo otro: esta palabra es *diatrophe*, derivada de *diatrepho*, la que la Vulgata vierte muchas veces *enutrio*, y así aquella expresion *exhibitionem* deberá significar *enutritionem*.

que se acabe tu patrimonio si empiezas á excitar la piedad!
 «¿Quándo le faltó á un justo el socorro de la vida? Á Elías
 «le mantenía Dios por ministerio de un cuervo quando esta-
 «ba en el desierto: y Daniel en el lago de los leones recibía
 «del mismo Dios el sustento. Dios mantiene á los páxaros, á las
 «aves, á los infieles, y á los Christianos. ¿Á los siervos de Dios
 «ocupados en buenas obras, amados de Dios, podrá faltarles cosa
 «alguna? ¿Dexará Christo de alimentar á los que le alimen-
 «tan en los pobres; ó carecerán de las cosas de la tierra los
 «que han de recibir las del cielo? ¿En qué pecho cabe tan
 «impío y sacrílego pensamiento? ¿Podrá llamarse Christia-
 «no el que no confía en Jesuchristo? ¿Qué hace un incrédulo
 «lo en la casa de la Fe? Despues se queja San Cipriano de
 «que la mayor parte de las señoras atendiendo mas á pintarse
 «y teñirse las cejas, no abren los ojos para ver las necesida-
 «des de los pobres, y ni aun miran la caja de las limosnas:
 «vienen al templo sin sacrificio á participar de la Eucaristía
 «consagrada con lo que ofrecían los pobres.»

Pretextan tambien los ricos para no dar limosna á los po-
 bres la numerosa familia, y la multitud de hijos; pero res-
 ponde San Cipriano, que el precepto de amar á Dios no les
 permite que preferan los hijos á Jesuchristo, representado
 en la persona del pobre: «que quantos mas hijos hay, con
 «mas razon se debe exercitar la limosna; pues es mayor el
 «número de almas que tenemos á nuestro cargo, y mas per-
 «sonas por quienes rogar al Señor, y cuyos pecados debemos
 «redimir con la misericordia. Así nos lo enseña el pacientísimo
 «Job, el que presentaba al Señor otras tantas víctimas como
 «hijos tenía. De donde infiere el Santo, que es infiel á sus hijos
 «el padre que no mira por ellos con una piedad religiosa, sinó
 «que solo piensa en dexarles los bienes perecederos de la tier-
 «ra.» Hace grandes amenazas á los ricos, trayéndoles á la me-
 moria, y poniéndoles á la vista las terribles sentencias con que
 Jesuchristo aterra en el Evangelio á los ricos, que no reco-

nocen en los pobres su imagen, y los eternos premios que
 ofrece á los que dieren de comer al hambriento, de beber al
 sediento, de vestir á los desnudos, ó visitaren á los enfermos
 y encarcelados. Les pone á la vista la ardiente caridad, y vi-
 va fe de los Christianos en tiempo de los Apóstoles. Entónces
 los fieles vendían sus casas y posesiones, y presentaban con
 desinterés á los Apóstoles su importe, para que lo repartiesen
 entre los necesitados. Entre ellos las buenas obras crecían á
 proporcion de la union y caridad. Por último, les excita á imi-
 tar en sus liberalidades para con sus hermanos, el exemplo de
 Dios, que á ninguno excluye de sus gracias y beneficios, y
 concluye diciendo: «La limosna es la cosa mas divina y me-
 «ratoria, singular consuelo de los fieles, prenda de nuestra
 «seguridad, firmeza de nuestra esperanza, escudo de nuestra fe,
 «remedio contra los pecados: es una cosa grande, y al mismo
 «tiempo fácil: es la corona que se merece en tiempo de paz,
 «libre de los peligros de la persecucion: es uno de los dones
 «mas excelentes de Dios: es necesaria para los flacos, gloriosa
 «para los fuertes, útil á todos los Christianos para conseguir
 «gracias del cielo, para hallar favorable á Christo el dia del
 «juicio, y para tener á Dios en el número de nuestros deu-
 «dotes.»

que son sus voz celestial que anima nuestra fe y co-
 los siervos de Dios: son un tesoro inagotable. En el que se des-
 cubre la divina sabiduría de mil modos, y el fundamento de
 toda la doctrina Eclesiástica. (1) La el Santo el texto del
 verso 1. c. de la primera Epistola de San Juan sobre la Tri-
 nidad, y aun que ha desaparecido este texto de un gran nú-
 mero de exemplares, nos lo conserva nuestra Vulgata.
 Expone como principio que en algunas ediciones de
 damos recurrir al Evangelio, y á la traducción Apostólica.
 arreglado nuestra fe á lo que los Apóstoles enseñaron en sus